

que desde aquel día quedaba su alma en tutela del Arcángel San Miguel, y que cuidaría de ella, y la tendría por suya como al templo del monte Gargano, y que recibiría muchos favores por su mano, como en la verdad los recibió.

Pero en lo que no puso tasa, fué en la accion de gracias despues de la Misa, en que, cuando le daban treguas los negocios, gastaba el resto de la mañana retirado en su aposento, á puerta y ventana cerrada, gozando á solas de su amado, y derritiéndose en lágrimas de fervorosa devocion.

Nunca dejó de decir Misa en cuanto le fué posible; y cuando visitaba la provincia, disponia las jornadas y las navegaciones de manera que siempre llegase á tiempo y lugar adonde la pudiesen decir, y aunque esto le costaba mucho trabajo, y algunas veces pasar en ayunas, con grandes calores hasta muy tarde, todo lo daba por bien empleado, á trueco de no perder aquel bocado celestial, que era las delicias y el sustento de su alma.

Rezaba las Horas Canónicas de rodillas á sus horas, interrumpiendo cualquiera ocupacion que tuviese, para cumplir esta obligacion.

Con la Santísima Trinidad tuvo singular devocion, y para dar á cada una de las tres divinas personas la gloria y alabanza que podía, inventó una admirable devocion, que rezaba todos los días con particular sentimiento y regalos del Señor. Ésta fué una corona que llamaba de Cristo, de ciento y cincuenta Gloria Patri y quince Pater noster, dividida en tres partes, en que repartía todos los misterios de la Encarnacion, infancia, niñez, juventud, vida, pasion y muerte de Cristo y misterios de la Virgen, dando, en cada uno de aquellos Gloria Patri, gloria y gracias á toda la Beatísima Trinidad, por aquel misterio de que hacia mencion; sobre lo cual hizo una docta y larga exposicion, deseando que se comunicase esta devocion á muchos. Y era cosa muy de notar, que persona tan ocupada en tantos oficios y negocios, dentro y fuera de casa, y cargada de otras muchas devociones, como ahora veremos; hiciese todos los días lugar para no dejar esta, en cuyo uso confiesa en sus apuntamientos que granjeó su alma grandes tesoros de regalos del cielo.

No fué inferior á ésta la devocion que tuvo á la Santísima Virgen María, á quien tomó por Madre y Señora desde los primeros años de su edad, rezándole cada día, de rodillas, su rosario entero y las horas de su oficio, lo que continuó toda la vida.

Ayunaba los sábados y todas las vísperas de sus fiestas, en reverencia suya, y servía á la mesa, y hacia varias mortificaciones públicas y secretas.

Pero en lo que más ponía la mira, era en la imitacion de sus virtudes, que es la mejor y más grata devocion á esta Señora. Y así dice en uno de sus apuntamientos con estas palabras: «Tomaré á la Virgen Nuestra Señora por Maestra de todas las virtudes y por espejo en que siempre me mire, y en

cualquiera parte y ocupacion pensaré en la compostura y modo que la Virgen tenia en semejantes acciones; cuán humilde, religiosa, grave, suave, diligente y atenta á las cosas del servicio de Dios y de su alabanza y gloria; y sobre todo, cuán ocupada tenia su intencion en aquel abismo profundísimo de la divinidad, etc.»

Hasta aquí en el lugar citado: y en otra parte dice que se hallaba muy consolado con traer al lado derecho de su corazon al Hijo y al izquierdo á la Madre, careándose con ambos y diciendo con S. Agustin: *Hinc pascor a vulnere, hinc lactor ab ubere; positus in medio, quo me vertam nescio*. El Hijo me apacienta con la sangre de sus llagas, la Madre me regala con la leche de sus pechos, no sé adonde me vuelva, cuando me hallo en medio.

Así andaba entretenida su alma todo el día; y, como estaba tan embebido en esta devocion, la enseñaba á todos, y la predicaba siempre, y procuraba con todas sus fuerzas estamparla en los corazones de todos, para que fuese alabada y ensalzada eternamente de todas las criaturas, así del cielo como de la tierra.

III

Del celo que tuvo de la salvacion de las almas y el fruto de su predicacion.

No fué menor el celo que tuvo del aprovechamiento de las almas de sus prójimos que el de la suya propia; porque, como los amaba en Dios y por Dios, en quien tenia todo su amor; no dejaba medio por mover ni diligencia, por trabajosa que fuese, que no intentase por ganar una sola alma para Dios.

Este celo tan ardiente que abrasaba su corazon, le movió á dejar su patria natural, como dijimos, y atravesar el mundo, y entrar en tierras extrañas por la esperanza que tuvo de alumbrar á los infieles, y convertir muchos á la fe de Cristo. Este le hizo poner tanto conato en dejar á los españoles, cuya conversion es tan codiciada de los que viven en las Indias, y morar con los indios bozales, bárbaros y agrestes, por el mayor fruto que esperaba de su predicacion entre ellos.

Por este celo deseó con todas veras dejar el gobierno de los nuestros, para emplearse todo en el ayuda de los prójimos, y mostró bien con las obras que no fué sólo deseo; porque, no obstante la ocupacion de Rector de Manila, que tuvo dos veces, y de Provincial seis años; predicaba, y confesaba, y acudía á todos los ministerios con la misma asistencia que si fuera mero operario del colegio.

Cuando abrian las puertas de nuestra iglesia, ya estaba en el confesonario, y no se levantaba hasta cerca del mediodía, en que iba á decir Misa, en la cual le pagaba nuestro Señor el trabajo de aquel día, regalándole con celestiales consuelos por las almas que le habia ganado, que fueron tantas con el cebo dulce de sus palabras, que corrieron parejas con las de su predicacion. Y habiendo sido tantas como diremos, enterneciase con los penitentes, y lloraba sus culpas con tan abundantes lágrimas, como si fueran propias suyas, y fuera él el penitente y ellos los que le confesaban, con que los movia á contricion y á lágrimas, y salian de sus pies consolados y trocados en otros hombres, y resueltos á padecer cualesquiera trabajo, ántes que volver á los pecados.

El fervor con que predicaba era á medida del fuego divino que ardía en su corazon, y del celo y sed que tenia de la salvacion de los hombres; por los cuales, como dice en sus confesiones, no sólo daria la vida, pero padeceria, si fuese necesario, las penas del Purgatorio.

La materia ordinaria de sus sermones eran los novísimos, muerte, juicio, infierno y gloria, la fealdad de los pecados y la pena que merecen los ingratos, que á tantos y tan grandes beneficios de Dios le retornan ofensas por mercedes.

Predicaba con grande energía junta con mucha ternura; y ordinariamente acompañaba la doctrina con grande copia de lágrimas, que derramaba en el púlpito, nacidas de su sentimiento y del dolor que tenia por ver á Dios ofendido de los pecadores. A los cuales enternecia y compungia con su llanto de manera, que todos lloraban y gemian; y sus sermones, como los que pide S. Jerónimo, eran celebrados con lágrimas, y acreditados con el llanto de los pecadores.

Sus libros ordinarios, en que se preparaba para predicar, eran Cristo crucificado, la imagen de nuestra Señora y otra pequeña; que hizo pintar y traia consigo, del Niño Jesus con la cruz á cuestas, desde que se le apareció en aquella forma, como arriba dijimos.

Cuando habia de predicar, doblaba las penitencias de los cilicios, ayunos y disciplinas, y las horas de oracion; y así sus sermones eran hijos de la oracion, penitencia y ayuno, y de las lágrimas que derramaba por las ofensas de Dios y reduccion de los pecadores; con que salian de tal aljaba saetas encendidas, que penetraban sus corazones, y salian compungidos, pensativos y contritos con el temor de sus pecados y de la cuenta que habian de dar de ellos á Dios.

Repetia muchas veces: *Antes reventar que pecar, y morir que ofender á Dios: á buena vida buena muerte, y á mala vida mala muerte; y lo contrario es engaño de Satanás.*

Esto repetia con tan grande energía y tan vivo sentimiento, que traspasaba los corazones de los oyentes, y hubo vez que penetró con estas palabras en el de un mozo ménos ajustado del auditorio, el cual no podia olvidarlas de dia ni de noche; y comiendo, y negociando, y hasta durmiendo estaba pensando en ellas, y le parecia que á todas horas las oia de boca del P. Raimundo. Y tanto cavaron en su corazon, que se resolvió á dejar el mundo y cuanto en él poseia y podia esperar de honras, riquezas, deleites y valimientos; y se consagró á Dios en una santa religion, para hacer todos los dias de su vida penitencia. En que se conoce, por una parte, el fuego divino en que iban encendidas sus palabras, pues tan vivo le emprendian en los corazones de los hombres; y, por otra parte, cómo la palabra divina, como enseña Cristo, es semilla del cielo, que sembrada en las almas, arraiga en ellas, y da frutos celestiales de vida eterna, sin adminículos de espectáculos y demostraciones de figuras exteriores, de que algunos usan en los púlpitos, cuya vista espanta más que mueve á penitencia; y pasado aquel espanto, á qué fácilmente pierden el miedo los oyentes, se quedan tan arraigados en sus vicios como estaban ántes de mirarlos. Y aunque algunos defienden esto con capa de que es espíritu, es manifesto engaño, que no es sino falta de él, porque, si le tuvieran como este apostólico Padre, no necesitarán de estas figuras y espantos para mover los oyentes, y porque no le tienen, pretenden suplir su falta con estas demostraciones nunca usadas de los Apóstoles, ni de los Padres antiguos, ni de los santos, como fueron Sto. Domingo, S. Bernardo, S. Francisco y San Ignacio nuestro Padre. Todos los cuales usaron de la palabra de Dios, como Cristo la predicó, santa y prudentemente, con grande fervor de espíritu, con que hicieron admirable fruto en las almas, como lo hizo el P. Raimundo, á quien llamaban todos el salvador de las almas.

Era tan ardiente la sed de las almas que padecia este bendito Padre, que, aunque hubiese de predicar por mañana y tarde, no cesaba un punto de trabajar en el confesonario, atendiendo á su provecho, y á sacarlas de pecado. Y solia decir, que no se ganaba ménos en el confesonario que en el púlpito, y así subia ordinariamente de las confesiones á predicar, y Dios le daba fuerzas y fervor para el fruto que hacia en los oyentes. Y le tenia enseñado, que por este medio ganaria más que dejando las confesiones por la predicacion, como lo confiesa en sus apuntamientos, adonde dice que, habiendo de predicar un sermón en la fiesta de S. José, puso más cuidado en él que solia, y por estudiarle, no confesó la víspera por la tarde ni el día del Santo por la mañana; y despues de muy estudiado, no le fué posible entrar en el sermón, ni acertar á decir cosa concertada, con que se bajó corrido del púlpito. Y despues le reprendió el Señor en la oracion por haber mudado de estilo,

dejando las confesiones por el sermón, con ménos confianza en su providencia de que no le faltaria como nunca le habia faltado. Y así, de allí adelante, nunca dejó las confesiones ni acudir al bien espiritual de los prójimos por haber de predicar; y ganó tal opinion de santo y de predicador en toda aquella tierra de Filipinas, que se convidaban unos á otros para oírle, diciendo: «Vamos á oír *al salvador*, que era, como dije, el nombre que tenia; y muchos ni se sentaban ni se cubrian, oyéndole en pié y descubiertos por el grande respeto que le tenian, juzgando que oían á un apóstol y á un vice-Cristo en la tierra.

El fruto que hizo con sus sermones fué admirable, y tal que él solo bastaba para hacerle insigne entre los varones ilustres de la Compañía.

Fuera materia larga referir la infinidad de almas que redujo al camino de la vida; la reformation de las costumbres y la frecuencia de los santos sacramentos que entabló en todas partes; las enemistades y malas amistades que deshizo; los escándalos públicos que quitó y los pecadores obstinados en sus vicios que sacó de las gargantas del infierno; y como es imposible referirlos todos, así será conveniente decir algunos que sean como la muestra de los demas.

Habia un alférez en Manila, más soldado de la milicia del mundo que de la milicia de Cristo. Oyó un día al P. Raimundo, movido de su gran fama, y cada palabra que le oía era una bala encendida que le pasaba el corazón; y se movió de manera, que, como otra María Magdalena, fué á su casa regando las calles con lágrimas, y quitándose las galas y las insignias militares, se vistió un saco de penitencia, y vino, como Magdalena, á los pies del P. Raimundo, llorando sus pecados y pidiéndole remedio para ellos.

El bendito Padre le recibió con la benignidad que Cristo á Sta. María Magdalena y le consoló y esforzó á perseverar en el camino comenzado del servicio de Dios. Confesóle generalmente, y perdonóle, como Cristo á Sta. María Magdalena, y en su nombre, todos sus pecados. Ordenóle que sirviese en el hospital algun tiempo en aquel hábito, para satisfacer con su buen ejemplo el malo que habia dado. Despues le mandó estudiar, y, siendo de cuarenta años, entró en el colegio de S. José, adonde se crián los mozos estudiantes; y para ir al estudio, se ponía el manto y la beca sobre el saco. Vivía retirado en un aposento del colegio, gastando en oracion y penitencia los ratos que le quedaban del estudio, con grande ejemplo de la ciudad y aprovechamiento de su alma.

Un tablaiero público de Manila vino á nuestro colegio á verse con el P. Raimundo sobre negocio que le importaba á su hacienda, y trájole Dios, sin saberlo él, para el que importaba á su alma.

Acabado su razonamiento, entró el Padre con el suyo, y le habló de las cosas de la otra vida y de la fragilidad de ésta, de la paciencia y misericordia de Dios y del rigor con que castiga los pecados, y concluyó diciendo estas palabras: *¿Hasta cuándo quiere que le aguarde Dios? ¿No ve que se llega ya el día de la cuenta?* Las cuales dijo con tal fuego y sentimiento, que el pobre y miserable tablaiero quedó atónito y temblando; y herido de la mano poderosa de Dios, fué á su casa, y se desnudó el medio cuerpo, y salió por las calles azotándose rigurosamente con una disciplina de alambre, lastimándose todo el cuerpo y la cabeza y la cara; y aunque algunos le iban á la mano, nunca cesó hasta que uno le dijo: «El P. Raimundo manda que lo dejes y te vuelvas,» que entónces obedeció; y lo que importa más, cerró la tablajería, y en adelante hizo una vida de un santo.

Predicando un día del juicio final y de la cuenta rigurosa que se ha de dar á Dios de toda la vida, se hallaron presentes dos damas, madre é hija, grandes jugadoras, vicio propio de las Indias. Moviéronse tanto con el terror de sus palabras, que ambas cayeron desmayadas en el suelo. Lleváronlas á su casa, y quedaron enfermas; la una murió contrita recibidos los sacramentos; la otra mejoró tanto en costumbres como en salud, porque se trocó en muy penitente, ejemplar y limosnera, gastando con los pobres lo que gastaba en los juegos profanamente.

Otras muchas conversiones semejantes se cuentan de este santo varón, que dejo por brevedad; y cuanto se dijere no iguala al fervor de su grande espíritu.

Fundó una congregacion, con advocacion de nuestra Señora, en nuestro colegio de Manila, en que entró lo más lucido de la ciudad, y fué gran parte para su reformation.

Entabló en las carnestolendas el jubileo de las Cuarenta Horas, con que refrenó los perjudiciales abusos de aquellos días.

Compuso muchas obras y libros para utilidad de los fieles, entre los cuales fueron un ejercicio singularísimo, con muchos puntos de meditacion para ayudar á las almas y traerlas á Dios; un tratado en defensa de la religion cristiana y abono de nuestra santa fe contra los gentiles, indios, moros y herejes; un confesonario acomodado á la calidad, condiciones y modo de vivir de los españoles y los indios en Filipinas; una concordia de los cuatro Evangelios, ordenada en forma de ejercicios, y otra de los profetas con los evangelistas; otro tratado de las virtudes en que se ha de ejercitar el religioso; otro de la gloria y vision beatífica; una cronología general desde el principio del mundo hasta nuestros tiempos; várias meditaciones de la vida de Cristo y de los santos; varios rosarios y devociones y meditaciones para ellas, y un

gran tesoro de sermones y pláticas espirituales, que en veinte y un años que estuvo en Filipinas, habiendo gobernado lo más del tiempo, y gastando tantas horas al día en oración, no se sabe cuándo los pudo escribir, sino fué velando todas las noches, privándose del sueño por trabajar en servicio de Dios y bien de las almas.

V

Del espíritu de profecía de que le dotó nuestro Señor.

Acreditó Dios la santidad de este fidelísimo siervo suyo con el espíritu de profecía que le comunicó, dándole luz para conocer y decir muchas cosas importantes ántes de suceder; merced que suele hacer á los muy validos suyos, en cuyo número entró el P. Raimundo de Prads, como se verá por los casos siguientes:

El gobernador de Filipinas, Gomez Perez de las Mariñas, determinó de hacer jornada á las islas Malucas infestadas de los holandeses. Comunicó su intento con el P. Raimundo, el cual, habiendo tomado tiempo para encomendarlo á Dios, despues de larga oración, le dijo que desistiese de la empresa, y no se embarcase, porque le saldría mal. Sin embargo de este aviso, insistió en su primer intento, exhortándole el Padre á que desistiese de él por entonces. Pero los soldados llaman cobardía algunas veces á la prudencia, y la codicia de las empresas les ciega para llamar á la temeridad valor, como sucedió á este caballero, el cual se embarcó en una galera bien reforzada, y, á pocos días de embarcación, se levantaron con ella los chinas que la bogaban, y le mataron á él y á todos sus soldados, cumpliéndose la profecía del siervo de Dios, con universal llanto de las islas por haber perdido tan buen gobernador.

En su lugar entró en el gobierno su hijo D. Luis Perez de las Mariñas, como el rey lo tenia ordenado, el cual gobernó seis años con mucho acierto y cristiandad, despues de los cuales se retiró á Minondo, que es una población corta fuera de la ciudad, que está á cargo de los religiosos de Sto. Domingo, á cuya linde tomó casa, en la cual seguía la distribución de los religiosos, rezando las Horas Canónicas á sus tiempos, y levantándose de noche á Maitines, y teniendo largas horas de oración mental, en una de las cuales le mostró Dios su cuerpo herido, sin cabeza y sin manos, lleno de lodo.

Dióle mucho cuidado esta vision, y despues de haberla comunicado con su confesor, que era un religioso grave de Sto. Domingo, y con otras personas espirituales, vino á consultar al P. Raimundo, el cual, con espíritu del cielo, le dijo, como si lo viera, que en todo caso se dispusiese para morir, y ante

todas cosas hiciese una confesion general. Esto le dijo por los últimos días de setiembre. Respondió D. Luis que la haría para siete de octubre, que era fiesta célebre del Rosario. No señor,—replicó el Padre, muy tarde es, más presto conviene hacerla. Pues será, dijo, para cuatro de octubre, día de san Francisco. Tambien es tarde,—dijo el P. Raimundo; á más tardar, ha de ser para el día de S. Miguel ó el del Ángel de la Guarda, dos días despues, y en esto no haya dilacion.

El buen caballero se rindió á lo que el Padre le amonestó; y vióse claramente cuánto le importó, y el Espíritu divino que habló por su boca. Porque, á tres de octubre, se levantaron los chinas de la ciudad y su comarca, y D. Luis salió á ellos con poca prevención; entró en unos pantanos adonde le mataron, y quedó el cuerpo en el lodo destroncado, como Dios se le habia mostrado en la oración.

Una señora noble, cuyo nombre era D.^a Faustina de Palacios, gran bienhechora de nuestra Compañía, perdió gran parte de su hacienda en un navío que se anegó en la vuelta del Japon; y quedó tan corta, que, hablando con el P. Raimundo, le dijo que no podía continuar las limosnas porque se hallaba muy pobre. El Padre, recobrándose un poco, le respondió: «Confie Vm. en Dios, y ántes alargue que acorte las limosnas, porque en el patache, que era una corta y flaca embarcación que habia enviado á Méjico, le ha de venir más hacienda que si la nave perdida aportara á Acapulco. Así sucedió, y la buena señora tomó el consejo del Padre, reconociendo que moraba Dios en él, y que le revelaba las cosas ausentes y por venir.

Otro caballero, que se llamaba Duarte de Figueroa, le consultó si se embarcaba para España, porque tenia muy buena ocasion. El Padre lo encomendó á Dios, y le respondió que no le convenia, y que en todo caso dilatase la jornada hasta el año siguiente. Tenia ya aprestado el navío y todo á punto para hacerse á la vela, y el amor de la patria le espoleó de manera, que, despreciando el aviso del P. Raimundo, se embarcó con toda su familia y hacienda; pero por su mal, porque á pocos días le sobrevino un recio temporal en que zozobró la nave, y se fué á pique, pereciendo cuantos en ella se embarcaron, por no haber dado crédito á la profecía del santo varon.

Algo semejante á esta profecía fué otra que anunció á un clérigo de nuestros estudios, que le preguntó si aceptaría un beneficio curato, que le daban lejos de la ciudad. El Padre le respondió que no le convenia, que ni le aceptase ni fuese allá; mas él, con la codicia de la renta y de verse en dignidad, le aceptó, y fué por su mal; porque dentro de poco tiempo le mataron á puñaladas, y lo perdió todo, con mucho sentimiento y dolor del buen Padre, por no haber creído lo que con tanto tiempo le avisó.

Demos fin á sus profecias, con la que dió al capitan D. Pedro Sarmiento, uno de los primeros conquistadores de las Filipinas, el cual, deseando adelantar su casa, determinó en su corazon hacer el esfuerzo posible, para alcanzar el gobierno de aquellas islas; y en órden á esto armó una nave, y la envió cargada de riquezas á España, consignada á un pariente suyo, para que le negociase esta pretension; que batiendo la fuerza con tiros de plata y balas de oro, tuvo por cierto conseguirla; y guardó tanto secreto, que no declaró su intento á persona alguna ni á su propia mujer.

Hizo decir muchas misas, y repartió largas limosnas por el buen logro de la nave, y entre otros vino al P. Raimundo, á pedirle que la encomendase á Dios; pero, con espíritu del cielo, le descubrió lo que tenia tan secreto en su corazon, y le dijo: «Señor capitan, ya Vm. ha hecho de su parte lo que ha podido por adelantar su casa; no se empeñe demasiado en esta pretension, sino póngala en las manos de Dios, y aprovéchese de la ocasion para ganar el cielo, ofreciéndole la nave como si no la hubiera de ver más, y coja ahora el fruto de este merecimiento.»

Turbóse el capitan viendo que el Padre le habia leído el corazon, y descubierta lo que tenia en él, anunciándole la pérdida de su nave; y, aunque el Padre le consoló y animó, siempre tuvo la espada de aquellas palabras atravesada en el corazon; y dentro de un año vino nueva cómo la nave se habia anegado cerca de Acapulco, y perdióse cuanto llevaba; y el capitan vino á consolarse con el P. Raimundo, el cual le dijo, que Dios no le queria más rico que lo que al presente estaba, que prosiguiese en sus limosnas, y adelantase el caudal de las verdaderas riquezas, que son las eternas de la bienaventuranza.

Tomó este santo consejo, y vivió en mucha paz, siendo perpetuo pregoneiro del espíritu de profecía, que moraba en el siervo del señor.

VI

El resto de su vida hasta su santa muerte.

No sólo tuvo don de profecía, sino tambien de consejo, que es uno de los que da el Espíritu Santo á sus escogidos; y los que le siguieron, tuvieron buenos sucesos, y malos los que le despreciaron.

Podemos afirmar sin recelo, que fué dotado de muy grande paciencia, probada con el fuego de muchas y graves enfermedades, contradicciones y trabajos, cuales suelen padecer los buenos Superiores.

Veinte años enteros padeció penosísimos corrimientos á los ojos, con gravísimos dolores; y, estando un dia tan apretado que, á juicio de los médicos, se le saltaba el ojo, le halló el enfermero cantando dulcísicamente una cancion muy suave al Niño Jesus, con quien se recreaba amorosísimamente; tal era su paciencia y el gusto que tenia en padecer algo por Dios.

La misma mostró en las batallas continuas que tuvo con los demonios, que no cesaron de perseguirle y afligirle todos los dias de su vida con varios modos de tentaciones, de que alcanzó gloriosas victorias, que ahora goza en el cielo.

El año de mil y quinientos y noventa y uno, padeció una gravísima enfermedad, de la cual juzgaron los médicos que no saldria sino para la otra vida, y así se preparaba para la muerte.

El P. Antonio Sedeño, primer Provincial de aquella provincia, y que tenia puestos los ojos en él para dejarle en su lugar, sintió tanto la falta que habia de hacer; que suplicó á nuestro Señor recibiese su vida por la del P. Raimundo, y que le diese á él la muerte que amenazaba al Padre, y le dejase en la tierra, para que fuese Provincial.

Aceptó nuestro Señor este agradable sacrificio nacido de tan heróico acto de caridad, y luego mejoró el P. Raimundo; y enfermó el P. Sedeño; y dentro de breve tiempo murió, y le sucedió en el oficio el bendito Padre, como lo pidió á nuestro Señor. Dichoso tiempo en que florecian personas de tanto espíritu y santidad, que puso la mano poderosa de Dios para piedras fundamentales de aquella region.

Habiendo ejercitado el oficio de Provincial seis años con la aprobacion que se deja entender de tan espiritual y prudente persona, se encargó de la Congregacion de nuestra Señora, que habia fundado en el colegio de Manila, y la rigió y afervorizó con sus continuos desvelos y grande prudencia y santidad; y ocupado en este ministerio, le sobrevino el año de mil y seiscientos y uno otra grave enfermedad, que le apretó de manera que todos se persuadian que seria la última de su vida.

El siervo de Dios se recogió en oracion, resignándose en la divina voluntad; y, pasadas algunas horas, volvió con certeza de que no moriria por entonces, porque Dios le concedia cuatro años de vida, para consumir su corona, y poner la última mano en algunas cosas que estaban á su cargo, como en la verdad sucedió, y, ántes que sucediese, lo declaró á su confesor.

En este corto plazo que le dió nuestro Señor, fué cosa admirable el fervor con que procedió así en sus obras, mortificaciones y oraciones, como en la predicacion y ministerios con los prójimos, como quien remataba el tiempo de su ganancia, y se acercaba al reino donde no la podia adelantar.

El año de mil y seiscientos y cuatro, día de la Ascension del Señor, le dió Su Majestad un deseo tan encendido de subir en su compañía al cielo, y salir de la cárcel de este mundo, que se abrasaba en vivas llamas, y no le cabia en el pecho el corazón, y la cabeza se le encendió de manera que todos reconocieron que había tenido algun grande favor de Dios.

Desde aquel día no podía sosegar, ni atender á cosa de este mundo, anhelando siempre por su amado, gimiendo y suspirando por unirse con él.

Al entrar el año siguiente, en que se cumplia el plazo de los cuatro años, se retiró á una granja del colegio, adonde estuvo cerca de un mes, preparándose para la partida, con oracion, silencio, penitencia y dulces coloquios con Dios; y, conociendo que se llegaba su hora de partir de este mundo al Padre, volvió al colegio á despedirse de los que siempre había amado, y en aquella hora les dió nuevas muestras de amor.

Adoleció de una fiebre maliciosa, recibió los santos sacramentos con admirable devocion, y, cuando se confesó para morir, tardó lo mismo que en una reconciliacion para decir Misa; y no fué mucho, pues cada día se confesaba para decir Misa, como para morir.

Visitáronle el Arzobispo con sus capitulares, y el gobernador con los de su audiencia, y todas las personas de cuenta, así eclesiásticas como seglares, besándole la mano, y pidiéndole que se acordase de ellos delante de Dios.

Despidióse con grande ternura de los religiosos del colegio, con tanta seguridad y paz como si partiera de un colegio á otro; tales prendas le había dado Dios de la gloria que le esperaba, y que presto le había de dar.

Tuvo á su vista la imágen del Niño Jesus, con quien tuvo siempre tan cordial devocion, requebrándose con él con dulcísimos coloquios; y, llegando á esta sazón la música de nuestro colegio, le cantaron un motete en español, y con la dulzura del cántico, levantó los ojos y las manos al cielo, y así suspendido de los sentidos, como otro Moisés, dió su espíritu en las manos del Señor, á diez y siete de febrero de mil y seiscientos y cinco, á los cuarenta y ocho años de su edad, veinte y nueve de Compañía y doce de profesion.

Su rostro quedó hermoso, y el cuerpo tratable como cuando estaba vivo.

En divulgándose su muerte, acudió toda la ciudad á venerarle y besar sus manos, como de hombre santo, pidiendo á porfía alguna de sus alhajas por reliquia.

El entierro fué solemnísimos, concurriendo toda la ciudad, y predicó, cuerpo presente, su confesor, como testigo ocular de sus heróicas virtudes.

La Congregacion de nuestra Señora le hizo tambien sus honras, como á su Padre y primer fundador.

Algunos milagros se cuentan que obró Dios por su medio, y apariciones

despues de muerto, á personas afligidas, hijos suyos espirituales; mas no están muy calificados, y por esto no los refiero aquí: que referir cosas dudosas semejantes de personas de tanta opinion, en lugar de alentar la que tienen, la retardan, y ponen en duda las cosas grandes que se dicen de ellas con verdad.

Lo cierto es, que este siervo de Dios fué persona de conocida santidad, ejemplo de religiosos y Prelados, de purísima vida y excelentes virtudes, que es el primer milagro que debemos buscar en las personas santas, y lo que debemos imitar.

Diez años despues de su muerte, viviendo su dulce memoria en sus hijos espirituales, desearon recoger su cuerpo y ponerle en lugar más decente, y pudo ser que esperasen hallarle entero, por el alto concepto que tuvieron siempre de él; y, habida licencia de los superiores, abrieron su sepultura, y hallaron los huesos, consumida la carne, pero sin el horror que á los otros muertos, porque despedían de sí una fragancia suave. Juntáronlos todos en una caja, y colocáronlos en otro lugar más decente, juzgando que merecia mejor túmulo quien había merecido tanta gloria, y se había adelantado tanto en el servicio de Dios.

Uno de los que se hallaron presentes á esta traslacion, reservó un artejo para traerle por reliquia, y sirvió de testigo de lo referido; porque á vista de todos despedía de sí aquella fragancia de olor, y, como si fuera de algun santo canonizado, le llevaba á los enfermos, confiando que por su medio habían de alcanzar salud; efectos de su piedad y del gran concepto que tenia de su santidad.

El mismo tuvieron todas las personas graves que le conocieron y trataron, así de la Compañía como de fuera, de que hace un cumplido catálogo el Padre Francisco Colin, Provincial de la Compañía en aquellas islas, en la *Historia* que escribió de ellas, adonde pone su vida, al fin del *libro tercero*; por muchos capítulos, de la cual se ha copiado lo que se ha referido aquí.

P. ANDRADE.

P. JUAN DEL CAMPO

SIENDO seglar el P. Juan del Campo, estudió teología en Salamanca, de donde era natural, y despues fué á Roma á pretensiones, donde como á otro S. Pablo, le cercó una luz extraordinaria, y oyó una voz y habla inte-